

INTRODUCCION A LA ARQUEOLOGIA HUMAHUACA

por CIRO RENE LAFON

ADVERTENCIA.

En las páginas que siguen intentaremos una valoración crítica de las principales obras que integran la literatura científica referente a la Quebrada de Humahuaca, que han visto la luz en el medio siglo transcurrido desde 1908 hasta nuestros días. No es la primera vez que enfrentamos la extensa lista de títulos en cuestión (Lafón, 1954) en busca de informes, pero, en esta oportunidad, trataremos de calar más hondo en el estricto valor y significado de cada uno de ellos en la integración del conocimiento actual que tenemos acerca de la cultura de los primitivos habitantes de una zona muy visitada por los arqueólogos y que pasa por ser una de las más conocidas del país.

En nuestra exposición seguiremos un cierto orden cronológico —más de autores que de obras— porque aspiramos a tener en cuenta la contribución global de cada especialista, que sólo puede obtenerse a través de la suma de sus esfuerzos sucesivos. De esta manera, respetamos también la sucesión de los diversos momentos por que ha pasado la investigación de esa área cultural a lo largo de cincuenta años de constante labor, que bien merece un párrafo aparte.

En efecto, fué en 1908, en ocasión de la IV Expedición de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigida por J. B. Ambrosetti, director del Museo Etnográfico, cuando se inició la exploración arqueológica intensiva y sistemática de la Quebrada de Humahuaca, iniciándose, al mismo tiempo, la que se puede denominar “primera época”, que se extiende hasta 1930. Este extenso período está cubierto por las figuras de Ambrosetti y Debenedetti, maestro y discípulo, que abrieron un nuevo panorama a la arqueología argentina, hasta entonces limitada casi por completo a “lo calchaquí”, como se decía. Junto a ellos Dillenius, Imbelloni, Vignati, Ardissonne y Greslebin completan el cuadro, al que debe agregarse la actividad de un coleccionista particular, el barón von Schuel. El fin de este primer ciclo está marcado por la prematura desaparición de Debenedetti, a cargo entonces de la dirección del Museo

Etnográfico, institución que a partir de ese instante disminuye transitoriamente la intensidad de sus trabajos en aquel rincón del país, y por la publicación de las excavaciones en el Pucará de Tilcara (Debenedetti, 1930).

La segunda época se extiende hasta 1947. Son diecisiete años durante los cuales las excavaciones corren por cuenta del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" y son dirigidas por Eduardo Casanova, que continúa en la misma línea de la primera época, pues se formó a la vera de Debenedetti, su maestro. El Museo Etnográfico, por su parte, llevó a cabo un solo viaje a Ciénaga Grande, que trajo como secuela la magnífica monografía de Salas sobre ese yacimiento. Esta segunda época está cubierta por la acción de Casanova, buscador incansable, a quien se debe el primer ensayo de conjunto sobre la cultura de los viejos pobladores de la Quebrada. A su lado, otros investigadores, entre los que se destaca Márquez Miranda, que suma el aporte del Museo de La Plata, colaboran en la tarea, Ardissonne, por su parte, completa el cuadro con trabajos de índole antropogeográfica. Hemos fijado el año 1941 para finalizar este segundo momento porque es en ese año cuando pasan al Museo Etnográfico las colecciones arqueológicas y antropológicas del Museo de Ciencias Naturales, unificándose en un solo repositorio los mejores materiales del país, y también porque a partir de esa fecha funcionará en el Museo Etnográfico un Instituto de Antropología, cuya Sección de Arqueología le será confiada a Casanova. Poco después esta Sección se convertirá en Instituto autónomo, siempre bajo su dirección, iniciándose así la tercera época. En ella estamos viviendo todavía. Como en la anterior, fué Casanova quien impulsó la investigación, acompañado desde 1950 por algunos jóvenes de la nueva generación, como Marengo y el que escribe. Aunque con rótulos distintos —Sección de Arqueología, Instituto de Arqueología— el Museo Etnográfico ha vuelto por sus fueros. Un hecho notable la caracteriza: por obra de su continuador toma cuerpo el proyecto acariciado por Ambrosetti de restaurar el Pucará de Tilcara, la ruina quebradeña por antonomasia (Casanova, 1950). Pero no se detuvieron ahí los afanes de Casanova. Fué el gestor de un proyecto más ambicioso aún, como el de convertir a Tilcara en un Centro de Estudios regionales, con un Museo también regional, que se llamaría Museo del Pucará. Hoy, el Museo del Pucará tiene existencia real y administrativa, aunque no edificio. Casanova no pudo ver terminada su obra antes de retirarse,

pero la dejó en plena marcha. A ella dedicó todas sus energías desde 1950 hasta 1955. La investigación arqueológica paralela corrió a cargo de los jóvenes ya mencionados, que estudiaron sendos yacimientos de gran significado.

Dijimos más arriba que estamos viviendo la tercera época y, a fuer de historiadores minuciosos, nos vemos obligados a manifestar que existen ya los antecedentes o las circunstancias como para pensar, afinando el análisis, que estamos atravesando un momento de transición, si no el comienzo definitivo de una cuarta época, que tiende hacia la aplicación de nuevos métodos (Marengo, 1954), al establecimiento de una cronología y de las correlaciones con otras culturas (Lafón, 1956, 1957 a y b y M. S.). Como así también a la revisión de yacimientos clásicos a la luz de las nuevas ideas (Lafón, 1956-7, a y b). Así hacen suponer tanto las publicaciones recentísimas y el diario contacto con los investigadores, como las sesiones científicas de la Sociedad Argentina de Antropología de los años 1956 y 1957. Como en rigor de verdad formamos parte de este movimiento, sólo nos limitamos a exponer los elementos de juicio para que otros colegas, a cuyo discernimiento apelamos, digan si estamos en lo cierto al interpretar como lo hacemos los trabajos de los últimos tiempos.

Hasta aquí la presentación esquemática del desarrollo de los estudios arqueológicos y antropológicos en la Quebrada de Humahuaca. Acordes con este plan orgánico, pasaremos a acuparnos ahora en especial de cada autor y de su obra en la época que le corresponde.

LA PRIMERA ÉPOCA

Juan B. Ambrosetti terminó sus días sin haber finalizado la obra que sobre sus excavaciones en el Pucará de Tilcara viniera anunciando desde 1910, dejando a la posteridad solamente dos breves notículas: una sobre el estado de los estudios en Tilcara y otra sobre cierto tipo especial de alfarería del mismo lugar. En ambas es posible adivinar la genial intuición que hizo de Ambrosetti un precursor notable.

La primera (Ambrosetti, 1910), en apenas dos páginas, es un compendio de sugerencias que hacen pensar que su línea de investigación hubiera dado frutos valiosos de haberla continuado. Hay allí observaciones de carácter cronológico que le hacen decir que el Pucará estuvo habitado en la época incaica y en los primeros tiempos de la

conquista. Hay observaciones relacionadas con las vinculaciones culturales del Pucará con otras regiones que le permiten afirmar un sello propio para su alfarería, frente a la de La Isla, pero con ciertas similitudes a la del extremo norte del Valle Calchaquí (Poma y Cachi). Reconoce también que todo el conjunto de instrumentos de madera es idéntico al del Valle Calchaquí y que los instrumentos de hueso recuerdan a los de la Puna. En resumen, se puede entrever en esas dos páginas que, desde el primer momento, Ambrosetti consideró al Pucará como un yacimiento llave, "límite norte de los tipos de cultura del sur". Todavía estamos esperando que esa llave sea utilizada para tener acceso a algunos de los misterios que rodean la cultura de sus antiguos constructores.

La segunda (Ambrosetti, 1917), más breve aún, resume una presentación de materiales ante el Segundo Congreso Científico Panamericano, ilustrada con una hermosa serie de vasos que lucen los motivos devorativos típicos de la Quebrada de Humahuaca. La finalidad primordial de la muestra es hacer resaltar la semejanza de ciertos vasos de ese origen con otros que son propios de la cultura incaica, afirmación que, en cierto modo, prueba algunas de sus manifestaciones anteriores sobre la duración de la vida en el Pucará.

La lectura de estas dos pequeñísimas contribuciones nos hacen lamentar más aún que su autor no diera cima a una obra de conjunto sobre el Pucará, al estilo de la que nos dejó sobre la Paya. Seguramente, el maestro no hubiera vuelto a sostener, como quince años antes, que los pobladores de la provincia de Jujuy "han sido los mismos calchaquíes de las demás provincias argentinas" (Ambrosetti, 1902, pág. 1). Cabe agregar —a título de curiosidad bibliotecaria— que ya a fines del siglo pasado (Ambrosetti, 1899, p. 235) había publicado alguna pieza de la Quebrada de Humahuaca que fué de las primeras, si no la primera, en darse a la estampa.

Salvador Debenedetti, discípulo y continuador de Ambrosetti, con quien colaboró desde las primeras campañas arqueológicas de la Facultad de Filosofía y Letras, y su sucesor luego en la dirección del Museo Etnográfico de aquella Casa de estudios, hizo su primera aparición en el campo de la bibliografía objeto especial de nuestro interés, con una conferencia que pronunció en la Biblioteca Popular de la ciudad de Jujuy, publicada por la misma institución.

En esta contribución (Debenedetti, 1909), que a primera vista parecería digna de mención sólo por ser la primera, se descubren, sin

embargo, ciertas características del autor que se ven con claridad no bien se adelanta en su lectura.

La primera parte de las dos que la componen le permite exponer algunas críticas a la "arqueología filológica" que por entonces se practicaba y nos pone en contacto, ya en el campo teórico, con un hombre formado en las disciplinas humanísticas, con arraigada concepción histórica, conocedor de las limitaciones propias de las ciencias que cultiva y que siente con intensidad el amor por las Ciencias del Hombre. Se ven en ella ciertas ideas directrices, que no es del caso comentar aquí, pero que nos muestra un Debenedetti en pleno camino hacia la madurez. La segunda parte se refiere directamente a la arqueología de Jujuy: en ella se afirma por primera vez la individualidad particular de la cultura de los habitantes de la Quebrada de Humahuaca, "ni quichua ni calchaquí", sino una cultura propia, distinta de las conocidas hasta entonces, tal como se desprende del estudio de su patrimonio. He ahí la aseveración más sólida en este aspecto, que desarrollará más adelante en alguna de sus monografías especializadas: acaba de ser delimitada una nueva "facies" cultural en el noroeste argentino.

Poco tiempo después (Debenedetti, 1910), en oportunidad de la publicación de su estudio sobre La Isla, desarrolló sus ideas acerca de la arqueología humahuaca con mayor claridad. Un extracto con las principales observaciones fué presentado al XVII Congreso Internacional de Americanistas que se reunía por entonces en Buenos Aires en ocasión del Centenario y que, aunque contemporáneo, salió a publicidad con dos años de atraso (Debenedetti, 1912). Vamos a detenernos ahora en el análisis de esta tesis, primera gran monografía dedicada al estudio especial de la arqueología de la Quebrada de Humahuaca.

El capítulo primero contiene la descripción geográfica de la zona, la especial de La Isla, la enumeración de los yacimientos conocidos y la descripción menuda de las tres necrópolis excavadas; en él aparecen entremezcladas apreciaciones de carácter histórico, de carácter teórico y de carácter general, como así también (p. 13) la noticia de la existencia de las ruinas de El Alfarcito. Contrariamente a lo que podía suponerse, es muy reducida la información que podemos extraer que nos ilustre sobre las técnicas utilizadas en la excavación; unas pocas líneas (ps. 14-16) nos permiten suponer un método ortodoxo y hay referencias frecuentes a la "prolijidad" y al "cuidado" de las excavaciones. El capítulo segundo, de carácter puramente his-

tórico, evidencia un aprovechamiento de las fuentes escritas tendiente, más que nada, a dilucidar el papel político-guerrero de los humahuacas que a buscar datos etnográficos. La enumeración de los sitios excavados y el análisis del material extraído ocupan el resto del trabajo. La cerámica ocupa, y con exceso, un lugar de privilegio: descripciones menudas y detallistas, clasificaciones de carácter subjetivo tomando como base la forma o la decoración, etc., nos demuestran que ya nuestro autor empezaba a dejarse seducir por la alfarería en desmedro de los otros elementos, pero no se le deben hacer cargos por eso. Por lo demás, en otra parte (Lafón, 1954) nos hemos referido a este asunto con cierta extensión. En cambio son valiosas las conclusiones, en ese año de 1910: 1) los calchaquis han llegado hasta el Pucará de Tilcara y 2) La Isla, unos kilómetros al norte, representa una cultura distinta, con caracteres propios, que, como una cuña con base en el Chaco, se interpone entre Quichuas y Calchaquíes. El pueblo portador habría llegado a esas tierras ya evolucionado. También, sin insistir demasiado, llama la atención sobre algunos rasgos de tipo chaqueño y una lejana semejanza con Tiahuanaco. Así, mediante el estudio exhaustivo de un yacimiento ha quedado definido, de ahí en adelante, un nuevo complejo cultural. En cuanto al resto de sus conclusiones, ya veremos qué suerte corrieron.

Algunos años más tarde, como consecuencias de un viaje a Valle Grande que debió interrumpir, volvió Debenedetti a hacer excavaciones en la Quebrada de Humahuaca. Esta vez instaló su campamento en El Alfarcito (Debenedetti, 1918, a). Como se trata de ruinas muy conocidas, obviaremos todo detalle descriptivo para ocuparnos únicamente de los resultados. Sobre la base de los tres grandes yacimientos clásicos, Tilcara, Alfarcito y La Isla, elaboró unas hipótesis a primera vista convincente, porque se basaba en las conclusiones extraídas en La Isla. Según este esquema, dada la analogía de los materiales, La Isla y Alfarcito constituirían una cultura uniforme, mientras que la del Pucará de Tilcara, más reciente, correspondería a la que después se generalizó en la Quebrada y perduró hasta el siglo XVI. La presencia en el Pucará de algunos elementos de la otra cultura se explica mediante un contacto inicial entre los viejos pobladores (Isla-Alfarcito) y los recién llegados. Con este planteo, iniciará la exploración de los yacimientos situados al norte de La Isla buscando su confirmación.

Tal fué el origen de la XIV Expedición de la Facultad de Filosofía

y Letras. Tanto arraigó en Debenedetti la idea de dos culturas distintas y diacrónicas, que ésa fué la causa mediata para que Dillenius hiciera el estudio craneométrico comparativo de ambos yacimientos del que trataremos en detalle más adelante. El informe de esta expedición (Debenedetti, 1918 b) da noticias de algunos yacimientos inéditos y transcribe algunos detalles de la libreta de viaje, importantes desde el punto de vista cronológico (ps. 8 y 13). Se fortalece en su hipótesis de la mayor antigüedad de la Isla y Alfarcito respecto de Tilcara y los sitios más septentrionales. Lástima grande que nunca estudió a fondo los materiales de esta expedición, entre los que hubiera encontrado muchas más complicaciones referentes a su interés particular.

Andando el tiempo, otros problemas atrajeron su atención, recorrió otras áreas culturales que completaron su visión de conjunto, pero siempre tuvo los ojos fijos en la Quebrada de Humahuaca. Tomó cuerpo en su mente la idea de un gran estudio de conjunto sobre el Pucará de Tilcara, sueño que también acarició Ambrosetti. Puso manos a la obra y el mismo año de su prematura muerte vió la luz la primera parte de "Las ruinas de Pucará" (Debenedetti, 1930). No hubo ya segunda parte y todavía guarda el Pucará muchos de sus secretos.

Esta última obra de Debenedetti reúne todas las características necesarias para hacer de ella una fuente indispensable para todo aquel que quiera encarar el estudio del Pucará —y de toda la Quebrada— desde cualquier punto de vista. Es un repositorio de datos de todo orden que cada vez que se lee de nuevo proporciona sorpresas. Es un bloque de materia prima, un núcleo del que todavía podrán extraer centenares de láminas, puesto que, al fin de cuentas, se trata del inventario de los hallazgos, salpicado a veces por comentarios circunstanciales sobre algunos problemas particulares. La descripción geográfica que sirve de introducción es ya el prototipo, y el capítulo final sobre la restauración del Pucará nos explica por anticipado las hondas raíces de la actividad que veinte años más tarde desplegará uno de sus discípulos (Casanova, 1950).

Terminamos de pasar revista individual de las obras que nos dejó Debenedetti sobre la arqueología humahuaca. Veamos ahora qué queda de ellas al cabo de más de veinte años de trabajo incesante. Nuestro juicio personal, no debe interpretarse ni como un pedido de rendición de cuentas ni como acusación de una generación joven a otra que la precedió, sino como un juicio histórico, libre de prejuicios, que aspira

a dar al César lo que es del César. Creemos que esto puede contribuir a que nuestra arqueología vuelva por sus fueros, pues no es negando todo lo anterior que iremos adelante. La arqueología argentina no es obra de diez ni de veinte años, sino producto de un desenvolvimiento lento y progresivo que abarca más de cincuenta años, que, como es lógico, ha tenido oscilaciones y no por eso vamos a confundir un período de crisis de crecimiento, propio de nuestro siglo técnico, con el nacimiento de la ciencia en nuestro país. Sería impropio de quienes, como nosotros, hacemos gala de formación histórica y humanística y venimos bregando por que la arqueología continúe siendo, como debe ser, una ciencia histórica.

Con esta aclaración, no vacilamos en afirmar que fué Debenedetti quien afirmó por primera vez la existencia de una facies cultural argentina como una entidad con características propias; fué él quien por primera vez intentó determinar las vinculaciones con otras culturas del país y de los países vecinos; y fué él quien por primera vez entrevió la posibilidad de una diferenciación cronológica de yacimientos.

Como es lógico, no estuvo libre de errores de interpretación que, por otra parte, no creemos le resten méritos. Tal el caso de llevar a los Calchaquíes hasta el Pucará (idea que, en rigor de verdad, es de Ambrosetti) y considerar como pertenecientes a culturas distintas a La Isla y al Pucará. Lo primero, el mismo lo abandonó. Lo segundo, hoy es insostenible. Hay unidad cultural y esa separación debe interpretarse como una diferencia cronológica, como lo hacen suponer la falta de trazos de origen incaico o español en La Isla.

No escribió, por desgracia, una obra de conjunto para la que estaba preparado. Así lo prueban su formación histórica y metodológica de la que hablamos más arriba y la seguridad con que se manejaba en el difícil arte de la correlación y la síntesis, consecuencia directa de aquélla. Quien fué capaz de compaginar en una simple comunicación de categorías de pensamiento como las que se necesitan para atacar el difícil problema de las relaciones prehispánicas de las culturas del noroeste (Debenetti, 1928), estaba seguramente en condiciones de haber producido una obra notable. Quizá su otra personalidad, con mucho de bohemio y mucho de poeta, que traslucen sus libretas de viaje, en eterno conflicto con el hombre de ciencia, fué posponiendo el momento de iniciarla y la muerte, implacable, pudo más que ambas.

Karl von Schuel fué un aficionado de origen germano que trabajó

en varios lugares del noroeste, especialmente en la Quebrada de Humahuaca. A él se debe también la fundación del museo de Jujuy. Es una figura muy discutida cuyo exacto papel no estamos todavía en condiciones de dilucidar, y los pocos antecedentes que conocemos son contradictorios cuando se refieren a su obra arqueológica. Por otra parte, no integró en ningún momento lo que alguna vez hemos llamado la "ciencia oficial" ni estuvo en relación con ella, al menos en nuestro país, de lo que suponemos se deriva la falta de datos precisos sobre su posición. De cualquier manera, dos trabajos suyos, no exentos de originalidad, le dan derecho para figurar en nuestra nómina.

El primero de ellos (Schuel, 1923-4) fué una comunicación presentada en la Sociedad Antropológica de Viena por intermedio de Franz Heger. Por su mismo carácter de comunicación no es muy pródiga en detalles, pero constituye un buen resumen de los principales rasgos culturales de Humahuaca. Se destaca en ella el interés por las formas de inhumación, varios de cuyos tipos ilustra con dibujos de su propia factura. El segundo (Schuel, 1930) puede interpretarse como una especie de obra general sobre los aborígenes de la Quebrada de Humahuaca donde figuran descripciones y ruinas, desde Jujuy a la Quiaca, y da cuenta especial de excavaciones en Coctaca y Calete, proponiendo a la vez una cronología en cuatro períodos, el último de los cuales es contemporáneo de la conquista. A los efectos de un juicio de valor ambas deben ser consideradas como una sola, puesto que la primera es un simple resumen de la segunda, salvada del olvido por una traducción del Dr. Mazza. El balance final no es del todo negativo, dejando de lado el estilo de la traducción. Se reconoce, a simple vista, la falta de método y el desorden de quien no ha sido preparado para lo que está haciendo, pero gran número de sus observaciones no pueden ser dejadas de lado. Pongamos por caso, la abundancia de esqueletos de perro que aparecen en los yacimientos o el especial interés por las formas de inhumación. En cuanto a su cronología, reconoce influencias diaguitas e incaicas acertadas. Creemos por eso que la existencia de este trabajo debe ser conocida.

Héctor Greslebin, el arquitecto vinculado a la arqueología por vocación e iniciado en sus misterios por Boman, constituye el siguiente autor de nuestra nómina. La mayor parte de sus trabajos se refieren a otras zonas del país, pero su pequeña monografía sobre un enterratorio de Coctaca (Greslebin, 1929) explica su inclusión. En ella estudia espe-

cíficamente un tipo de cámara sepulcral que le permite extenderse en algunas apreciaciones sobre los sepulcros del noroeste y concluir que la construcción tuvo una finalidad fúnebre determinada. Como ya lo hemos hecho notar una vez (Lafón, 1956), destacamos la comparación con ciertas construcciones del Ecuador de la época incaica como ejemplo de la amplitud que debe darse al estudio de nuestras culturas locales.

Según parece desprenderse hasta este punto de nuestra exposición el estudio de la Quebrada de Humahuaca nació y se desarrolló bajo el signo de la Arqueología; es desde ese ángulo que la mayoría de los especialistas lo han encarado en la primera época y, en diverso grado, en las siguientes. Pero ya desde que los primeros estudios patentizaron la necesidad de un conocimiento detallado del patrimonio de los antiguos humahuacas, las monografías no arqueológicas completaron algunas lagunas referentes al tipo racial o a determinados aspectos de su vida espiritual que atraían por su especial significación.

Apenas a un lustro de los primeros viajes de Ambrosetti y conocidos los resultados obtenidos por Debenedetti en La Isla, cuando se afirma la modalidad cultural propia humahuaca frente a la calchaquí, tomó cuerpo, como hemos visto, la idea de que el Pucará de Tilcara y La Isla eran producto de culturas distintas. Tanto sedujo esta explicación que —seguramente a tono con la época— se pensó también en razas distintas. Esa fué la causa de la aparición de una monografía sumamente especializada que analizó las series craneológicas de ambos yacimientos (Dillenius, 1913). Contrariamente a lo que se esperaba, la comparación craneométrica llevada a cabo por la doctora Dillenius no puso de manifiesto tal cosa. Las diferencias no van más allá de algunos caracteres cuyo valor se ve disminuído por lo reducido de las series y la diferencia en la calidad de las mismas. Más aún, hoy estaríamos en condiciones de cuestionar algunas de sus afirmaciones respecto de su diagnóstico de los cráneos deformados (Imbelloni, 1931-33), pero no hace al caso. Lo que realmente interesa es que nace con ella la antropología física de la Quebrada de Humahuaca, y, esto es trágico, muere recién nacida, pues hasta hoy nadie ha vuelto sobre tan interesante tema como no sea circunstancialmente (Scolni, 1938).

La deformación artificial de los cráneos de la zona, con ser tan frecuente y característica, no por conocida dejaba de ser una incógnita hasta que uno de los hallazgos efectuados por Debenedetti en el yacimiento del Campo Morado, durante la XIV Expedición de la Facultad

de Filosofía y Letras, proporcionó gran parte de la solución. Allí se encontró el aparato utilizado para obtenerla, colocado aún sobre la cabeza de quien lo usaba, muerto precisamente, como consecuencia del excesivo ajuste de las tablillas. Cupo a Imbelloni (1925) la valoración antropológica de tan interesante objeto en una monografía no muy extensa, en la cual lo que menos importa es la descripción del utensilio en sí, sino la doctrina sobre las deformaciones cefálicas intencionales, que anuncian ya al Imbelloni tratadista del tema. Pues bien, la deformación del cráneo entre los humahuaca, que todos manejamos como algo conocido y casi pre-supuesto, está esperando su tratadista de conjunto.

Procedentes también de los yacimientos excavados por la XII Expedición de la Facultad de Filosofía y Letras ingresaron al Museo Etnográfico numerosos cráneos trofeo testimonio de una particularísima costumbre de los desaparecidos habitantes que recién fueron estudiados más de diez años después (Vignati, 1930).

La monografía de Vignati sobre esos cráneos trofeo es una obra de aliento que requiere un análisis menudo, pues el cráneo trofeo es un elemento extremadamente valioso, de gran significado etnológico, que debe ser tratado con mucha cautela cuando se quiere, como declara el autor, "interpretar el significado de estos hallazgos" (p. 32). Concentraremos, al efecto, nuestra atención a partir del Cap. IV, donde establece que "los cráneos mutilados de la Quebrada de Humahuaca han sido cráneos de trofeo" (p. 61).

Los capítulos V, sobre origen y significado histórico de los trofeos; el VI, sobre los trofeos indígenas sudamericanos, y el VII, sobre las cabezas trofeo en Sudamérica, son la ocasión de que el autor haga gala de extrema erudición sobre cada tema, tanto que recién en el capítulo VIII vuelve a su tema central. En el capítulo IX otra vez recorre toda América, con gran acopio de datos inéditos y bibliográficos. Finalmente, el capítulo X resume las conclusiones, que se refieren más a los trofeos en general que a nada específico, como era de esperar. Respecto del tema central, los cráneos trofeo de la Quebrada de Humahuaca, Vignati aporta las siguientes novedades: diagnóstico de las principales técnicas de mutilación, una hipótesis sobre los instrumentos utilizados y la demostración de que en algunos casos pertenecen a un tipo racial distinto, presumiblemente enemigos.

Esta nuestra afirmación no significa un juicio adverso, sino, sim-

plemente, fijar lo que nos interesa, que a juzgar por el rótulo debió ser más abundante. Creemos, después de finalizada su lectura, que el autor se vió atraído de tal modo por los trofeos en general, que relegó a segundo término el motivo central, tan sugestivo como aquél. En resumen, que el tema cráneo trofeo en Humahuaca no ha sido agotado ni mucho menos, y espera también a su intérprete. Sólo cuando éste llegue tendremos acceso a una parte del mundo espiritual del primitivo humahuaca, que permanece todavía en el más profundo misterio.

Y para cerrar nuestra lista de autores y obras de la primera época incluimos unas páginas de Ardissonne, escritas en 1927 y publicadas al año siguiente (Ardissonne, 1928) sobre un yacimiento de capital importancia: Coctaca, que años más tarde excavará parcialmente Casanova. Es la primera mención de la existencia de esas ruinas y también su primera descripción, razón por la cual ha merecido esta consideración.

LA SEGUNDA ÉPOCA.

Hacia fines de 1930 el Museo Argentino de Ciencias Naturales organizó una excursión arqueológica que tenía como destino la Quebrada de Humahuaca y zonas vecinas, cuya dirección fué confiada al Dr. Eduardo Casanova, jefe de la Sección Arqueología del citado instituto. Aunque los resultados recién fueron dados a conocer públicamente tres años más tarde, esa excursión marca la iniciación de nuestra segunda época. La primera venía de finalizar con la reciente muerte de Debenedetti, frente a Río de Janeiro, al regreso de un Congreso de Americanistas, en setiembre de ese mismo año.

El destino de la excursión era variado y extenso, pero en la primera publicación Casanova informa solamente sobre sus excavaciones en la Quebrada de La Cueva, que abarcaron tres lugares distintos: el Pucará de La Cueva, el Pucará Morado de La Cueva y el Pueblo Viejo de La Cueva (Casanova, 1933). La detallada descripción geográfica que sirve de Introducción demuestra que se trata de una región importante desde el punto de vista cultural, porque es, a todas luces, una zona marginal, pero la mayor parte de la monografía está ocupada por el inventario y descripción de los hallazgos, algunos ampliamente sugestivos (fig. 50; fig. 31; figs. 9 a 13). Las conclusiones (ps. 317-318) nos muestran a un Casanova observador cauteloso, que seguramente dice mucho menos de lo que piensa: insinúa abiertamente su futura clasi-

ficación de "Pueblo Viejo y Pucará"; reconoce la homogeneidad de gran parte de los materiales extraídos con los provenientes de yacimientos situados más al sud, salvo algunos atípicos, y afirma que La Cueva es una continuación de la cultura humahuaca, quizá uno de los jalones más septentrionales. Casi contemporáneamente una nota de carácter más bien divulgatorio (Casanova, 1934) sobre los pucarás de la Quebrada de La Cueva le da oportunidad de repetir algunos de sus conceptos anteriores y para insistir en la importancia de los descubrimientos. Con estas investigaciones inicia Casanova la larga serie de sus trabajos en La Quebrada de Humahuaca que cubrirán los veinte siguientes, hasta nuestros días.

En el transcurso de la misma excursión tuvo ocasión nuestro autor de realizar una corta visita a Coctaca, que le permitió llevar a cabo una exploración preliminar y algunas excavaciones arqueológicas, que figuran en un fascículo aparte, como colaboración al XXV Congreso de Americanistas celebrado en La Plata (Casanova, 1934). El orden real de los trabajos que hemos considerado hasta aquí es el inverso, puesto que el Congreso de Americanistas se celebró en 1932, pero nos hemos ceñido a la fecha de publicación.

El estudio de Coctaca es, como su nombre indica, preliminar, y sirve como pauta para una investigación de aliento que no se ha realizado nunca. Distingue tres tipos de construcciones destinadas, respectivamente, a la agricultura, a sepulcros y a viviendas; transcribe de la libreta de viaje algunos hallazgos y describe algunos materiales. Las conclusiones, como es lógico, no representaron nada extraordinario (ps. 37-38). Con todo, pensamos que afinando el análisis pueden extraerse algunas otras de la distribución interna de algunas viviendas, de la agrupación de las mismas, de la decoración de algunos fragmentos que figuran en la lámina VI y de las asas de la lámina III (cf.: Lafón, 1956). La brevísima nota sobre el Pucará de Huichairas (Casanova, 1934) que presentó al mismo Congreso, además de informar sobre la existencia de esas ruinas, nos da algunos datos que bien merecen destacarse, como los esqueletos calcinados (p. 42) y la alfarería incisa (lám. II), hallazgos que aún no han sido valorados en su debida magnitud. La cronología de Huichairas, a estar de Casanova, es semejante a la del Pucará de Tilcara.

La aparición del tomo primero de la Historia de la Nación Argentina, que dirigiera Ricardo Levene, trató de aunar a los arqueólogos

y antropólogos del país para un trabajo de equipo cuyos resultados no es la ocasión de puntualizar en este momento. Bástenos decir aquí que en la asignación de temas le fué encomendada a Casanova la redacción del capítulo sobre la Quebrada de Humahuaca, que, a más de veinte años, continúa siendo el único trabajo de conjunto, aunque, por supuesto, algo se ha avanzado desde entonces. En menos de cincuenta páginas de apretada síntesis nos da el cuadro —su cuadro— de la cultura de los Humahuacas, tal como se la entendía en ese año de 1936, mejor dicho, uno o dos años antes, cuando fué escrita (Casanova, 1936).

Según manifestaciones previas al estudio de fondo, presenta el ámbito y las zonas marginales que ocupó la cultura en cuestión, para tratar en seguida el patrimonio total, sobre cuya integración han descansado, en mayor o menor grado, los trabajos posteriores. La economía y la vivienda dan margen luego para que en pocas páginas se tenga noción clara del estado del conocimiento en esa época y de los conocimientos propios del autor: decimos esto porque la bibliografía sobre el tema hasta 1936 no era muy explícita y la monografía que comentamos es una consecuencia directa del estudio personal de los yacimientos y de la frecuentación de las colecciones de los museos de Buenos Aires, de lo que resulta, a modo de ejemplo, la distinción entre “Pueblo Viejo y Pucará”, clásica de ahí en adelante para el noroeste. En cuanto a la técnica, es resumida con la misma seguridad de quien conoce a fondo sus “cacharros”. La vida espiritual, con las limitaciones que supone, es tratada con la misma intensidad, que aumenta en detalles cuando los restos materiales le permiten moverse sobre bases más firmes. En resumen, a través de su lectura sabemos quiénes eran, cómo vivían y qué hacían los humahuacas según los datos conocidos hasta 1936. No hay en la contribución bibliográfica que comentamos ninguna abstracción, ninguna especulación y poco, o nada, que haya sido concedido a la imaginación. Es un inventario patrimonial concreto y documentado que cumplió —y cumple— con su propósito. Que no es poco decir, cuando en el conjunto del que forma parte, no todos los capítulos lo consiguieron.

En el año 1937, Casanova excavó nuevamente el clásico repositorio de La Isla (Casanova, 1937, a). El trabajo publicado, de extensión breve, presenta yacimientos y materiales que esgrime, una vez más, como prueba de homogeneidad cultural de las ruinas de la Quebrada de Humahuaca. Al mismo viaje corresponde el hallazgo de un vaso

modelado con la representación de la forma tradicional de llevar los niños a la espalda, que fué objeto de una nótula especial (Casanova, 1937, b). Dado el carácter de “comunicaciones” de ambas notas —fueron presentadas a la Sociedad Argentina de Antropología—, no son artículos realmente de fondo. Sin embargo, a los efectos de nuestro futuro juicio de conjunto, destacamos ya la presentación de grandes series de materiales con abundantes ilustraciones.

Las excavaciones que llevó a cabo durante los años 1938 y 1939 en Angosto Chico dieron lugar a otra interesante comunicación que se publicó recién algunos años más tarde (Casanova, 1942, a). Magníficas series son presentadas a los ojos de los especialistas, algunas de las cuales son altamente significativas, como resultado de prolongado trabajo en el terreno; numerosas fotografías revelan la estructura de sepulcros y otras construcciones, como así también ejemplares únicos de la artesanía aborigen que hacen de Angosto Chico un yacimiento valiosísimo. Después de la lectura de esta comunicación, que queda como uno de los grandes aportes de Casanova, lamentamos que sólo haya sido eso: una comunicación. No es esto un reproche, puesto que entendemos que un hombre, una vida entera, no pueden abarcarlo todo. Las series de Angosto Chico están ahí esperando el momento que alguno de los jóvenes de hoy interprete su mudo lenguaje.

Coincidiendo con la comunicación sobre Angosto Chico, el mismo autor informa sobre el pucará de Hornillos (Casanova, 1942, b), que había visitado en 1936, dedicándole una semana de excavaciones. Describe las ruinas y algunos sitios especiales, anotando algunos detalles sobre arquitectura (ps. 6-8), sobre cerámica imbricada (p. 12), y sintetiza sus conclusiones, que insisten en la homogeneidad de la cultura, más fuerte que las pequeñas diferencias que pueden observarse entre algunos yacimientos. Se trata de un pucará que no es sino un eslabón de la cadena que recorre toda la Quebrada en sus sitios más estratégicos.

Con la nota sobre el Pucará de Hornillos termina la serie de aportes de Casanova, arqueólogo, al conocimiento de la Quebrada de Humahuaca, porque, como dijimos al comienzo de la exposición, si bien su personalidad cubre también la tercera época, en ésta, su fin exhaustivo, determinado, es la Restauración del Pucará de Tilcara. Casi en tiempos de la aparición del último trabajo citado había dirigido sus ojos hacia la Puna, de donde aportó también enormes cantidades de materiales. Por estas razones es que adelantamos, inmediatamente, la apreciación

sobre su obra de conjunto; la obra como restaurador es aparte, aunque, efectivamente, la segunda no podría haber existido sin la primera.

Las publicaciones, monografías, comunicaciones y artículos certifican que es él quien mejor conoce la Quebrada de Humahuaca geográfica y arqueológicamente; esas mismas publicaciones y los registros de inventario de los dos grandes museos de Buenos Aires son la constancia efectiva de las enormes cantidades de materiales que entraron en ellos por su intermedio, gran parte de los cuales están todavía inéditos y constituyen una fuente inagotable de observaciones; su inventario patrimonial de 1936 representó un esquema que hasta ahora no ha sido necesario transformar, sino completar; cada una de sus presentaciones de materiales abre nuevas perspectivas para enfocar problemas especiales.

Es cierto que no nos dió tampoco la obra de conjunto, la síntesis a que todos aspiramos, pero no es ésa razón que oscurezca su acciones: ¿podría alguien intentarla a no haber sido por él? El fué la avanzada, preparó el terreno, acumuló elementos de trabajo, y hasta señaló caminos. Quien lea cuidadosamente sus trabajos hallará a cada paso pruebas de nuestras afirmaciones. Es toda una vida que trabaja en silencio. Los materiales y las colecciones hablan por sí solas y si se los hace hablar, son más explícitos: están esperando. A quien tanto hizo, no podemos disminuirlo por alguna omisión o porque su método de trabajo de campo no se haya ajustado a los principios vigentes hoy. En cuanto a sus posibilidades para afrontar obras de aliento, tampoco pueden dejar de reconocerse. Basta ver su estudio sobre el cementerio de Huiliche (Casanova, 1930), escrito cuando todavía no había llegado a la madurez. Creemos, pues, sin temor a equivocarnos, que un juicio más frío, menos vehemente, no hará sino ratificar lo que venimos a expresar. Más adelante volveremos sobre Casanova restaurador.

Como ocurrió en la primera época, otros estudiosos visitaron y estudiaron circunstancialmente la Quebrada, entre los que es necesario hacer especial mención de Márquez Miranda porque representa la contribución del Museo de La Plata a la arqueología humahuaca. Dos artículos aparecidos con largo intervalo nos informan sobre las excavaciones por él llevadas a cabo en los alrededores del pueblito de Humahuaca y a ellos nos referiremos a continuación, dejando para cuando tratemos el estudio de las áreas marginales de la Quebrada la consideración de la zona de Iruya, objeto de su especial dedicación.

El primero de los artículos aludidos (Márquez Miranda, 1933) sirve

para presentar a los especialistas una pieza excepcional por su decoración que permite ampliar hasta el extremo norte del país la dispersión del motivo decorativo batracomorfo, con todas las implicaciones del caso. El segundo (Márquez Mirando, 1945) es una relación de viaje realizado por el autor al pucará de Humahuaca, que contiene algunas observaciones valiosas sobre tipos de inhumación (p. 131 a 134) y sobre la decoración de la cerámica (p. 134 y ss.) a la vez que comprueba la ausencia de metalurgia. Una reflexión sobre el significado del concepto "pucará" (p. 141) nos parece necesario subrayar: no siempre un pucará ha sido solo un lugar de refugio. En el Humahuaca ha habido población estable. Con ambos trabajos, el de 1933 y el de 1945, se completa el conocimiento arqueológico del pucará de Humahuaca, que mereció un estudio especial por parte de otro autor, a quien incluimos en seguida en nuestra enumeración.

Santiago Gatto, que perteneciera al personal técnico del Museo Argentino de Ciencias Naturales cuando Casanova dirigía la Sección de Arqueología, y hoy retirado de su especialidad, dejó tres pruebas de su paso por ella. En primer lugar, analizando un resto de construcción muy definido, llegó a la conclusión de que se trataba de un granero o silo (Gatto, 1934), en oposición a Greslebin que había diagnosticado (supra) para un caso semejante, una cámara sepulcral. En segundo lugar (Gatto, 1943) nos brinda una monografía sobre el Pucará de Humahuaca, pródiga en detalles sobre el medio físico, con una prolija enumeración de yacimientos y descripción de materiales, pero cuyas conclusiones podrían haber sido de mayor vuelo. Por último (Gatto, 1946) dió a conocer sus observaciones sobre el yacimiento de Volcán, en el sector meridional de la Quebrada, el que interpreta como el yacimiento límite en esa dirección. Se ve en este caso que el autor ha intentado superarse, como lo prueban las conclusiones y la sinopsis cultural, que pueden ser aprovechadas y, seguramente, ampliadas. Los tres trabajos, en conjunto, dejan como saldo positivo más que novedades de bulto o grandes avances de conocimiento, la presentación y descripción de nuevas series arqueológicas que pasan a engrosar las ya existentes, como elemento de juicio para la síntesis final que aún no existe.

Ardissone, autor que ya hemos reseñado en la primera época con motivo de su visita a Coctaca, aparece también en la segunda y, como en ese caso, es para dar noticia de un gran yacimiento arqueológico, que será estudiado después por Salas (1945). Ardissone trata en esa oportunidad de la instalación indígena (Ardissone, 1942), a cuyos fines ana-

liza con lujo de detalles la Quebrada de Purmamarca desde el punto de vista fisiográfico y se ocupa especialmente de los cultivos. Reconoce la situación del Antigal de Ciénaga Grande; echa una mirada de conjunto y toma nota del estado de conservación de las ruinas. Postula así la existencia de un pueblo, también delatado por la documentación histórica. Vinculado directamente con el tema que estamos estudiando, el mismo autor (Ardissonne, 1937) trató también un aspecto muy especial de la geografía humana quebradeña, como son silos y graneros, que le permitió alguna disgresión de carácter arqueológico en lo que dió pruebas de su conocimiento del problema.

Con Salas llegamos al fin de esta época de estudios arqueológicos quebradeños. Representa la tradición del Museo Etnográfico que vuelve al escenario de sus primeras expediciones para continuar la tarea iniciada en 1908, proseguida intensamente hasta 1930 y luego interrumpida por estudios en otras zonas del país. Pero Salas representa también algo más: una generación de especialistas jóvenes que allá por 1940, luego de cursar estudios históricos, se orientaron hacia la arqueología como especialidad. Experiencia de campo, frecuentación de bibliotecas y conocimiento de la bibliografía moderna hicieron de ellos una promesa que bien pronto empezó a concretarse. Desgraciadamente, azares ajenos por completo a sus posibilidades, motivaron su alejamiento de nuestra ciencia, que recibió así un rudo golpe, como consecuencias del cual sus filas ralearon aún más. Toda una generación abandonó el campo y hubo que esperar casi diez años para que otros ocuparan su lugar (Lafón, 1957). Pero, la obra que alcanzó a cumplir, queda como exponente de nuestras afirmaciones y de ella nos ocuparemos inmediatamente.

La monografía que Salas (1945) consagró al yacimiento de Ciénaga Grande, en la Quebrada de Purmamarca, es un claro exponente de la renovación que, como dijimos antes, se vió truncada en pleno desarrollo. Por eso merece un análisis exhaustivo que ponga en evidencia sus aciertos, señale con objetividad sus merecimientos y ponga de relieve sus conclusiones para poder obtener así la medida exacta de su aporte, que ya desde la advertencia preliminar promete mucho (p. 7, in fine).

La descripción geográfica (Cap. I) breve y clara, precede a un estudio sobre el descubrimiento del territorio (Cap. II) y a la determinación de los grupos aborígenes que poblaban la Quebrada de Humahuaca (Cap. III) donde se advierte con claridad que quien escribe se mueve con facilidad entre cronistas, documentos y archivos, de los que saca todo lo

que hasta el momento se puede sacar, que en el caso de Humahuaca, no es mucho. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la etnohistoria de las parcialidades aborígenes de la Quebrada de Humahuaca ha sido prácticamente agotada por el autor lo mismo que las posibilidades de información etnográfica susceptible de ser obtenida en los documentos coloniales. La investigación en el terreno (Cap. IV) nos pone frente a las dificultades que representaron para Salas los derrumbes y el mal estado de conservación de las ruinas, pero, contrariamente a lo que el título hace suponer, no figura en este capítulo nada que nos ilustre acerca de su proceder técnico en las excavaciones, lo que no es óbice para que detalle con minuciosidad de experto, tipos de habitación, techos, sepulcros y tipos diversos de inhumación.

El análisis del material extraído ocupa el resto del trabajo y la cerámica es objeto de especial atención, como se desprende de las descripciones menudas, producto de cuidadosas observaciones. El resumen (p. 163 y ss.) que condensa el estudio de la alfarería, señala a Salas como conocedor profundo de los materiales y le presta ocasión para extenderse en varias consideraciones de interés que tocan a las correlaciones con zonas vecinas, tanto del país como de los países vecinos. Con no menor intensidad ataca la interpretación de otros materiales, la madera, el hueso, el metal y la piedra con amplia información y dominio del tema, utilizando el fecundo método de los mapas de dispersión. Las conclusiones no hacen sino confirmar que nos hallamos frente a un especialista maduro que pudo hacer mucho y no hizo más por las causas ya apuntadas. Su afirmación de que “la cultura humahuaca, en cuanto se refiere a relaciones y parentescos, está decididamente orientada hacia el norte y oeste” (p. 265/6)” habla por sí sola.

La contribución de Salas representa un hito de gran significación en la arqueología humahuaca, con mayor exactitud, el tercer gran hito: el primero fué la excavación de Debenedetti en La Isla; el segundo, el inventario patrimonial de Casanova. Pone de relieve a un hombre joven pero de juicio maduro, en el que se reconocen las huellas del maestro —Francisco de Aparicio— en el acento etno-histórico, pero sobresale el arqueólogo de escuela, de acentuada formación histórica, con la visión completa del devenir de la cultura, apto para las grandes síntesis, respetuoso de la etnografía tan olvidada a veces, y que valora el trabajo de campo en su justa medida (p. 262). Queremos expresar así nuestra opinión: como todo buen trabajo hecho de esa manera, es muy difícil

que pierda nunca su actualidad. Al contrario: será necesario acudir a él cada vez que quiera hacerse algo sólido en el tema. En este juicio quedan incluidas una reseña de sus excavaciones en el mismo lugar que publicara con anterioridad (Salas, 1942) y algún artículo periodístico. La comunicación que presentó al XXVIII Congreso de Americanistas (Salas, 1948) cierra la segunda etapa de los estudios arqueológicos en la Quebrada de Humahuaca y marca también la última incursión de Salas por la Arqueología. Informa en ella sobre las excavaciones en Estancia Grande, cerca de Tumbaya, que considera como un jalón meridional del llamado por Bennett Iruya Complex (Bennett, 1948, pág. 26).

LA TERCERA ÉPOCA

Dá comienzo efectivo a principios de 1948, una vez que las ingentes colecciones antropológicas y arqueológicas del Museo Argentino de Ciencias Naturales, como así también el sector correspondiente de su biblioteca especializada, quedaron instalados en la vieja casa de la calle Moreno. Así se fundieron los resultados de la primera y la segunda época, en un solo repositorio, el más significativo y rico del país en series arqueológicas de la Quebrada de Humahuaca. La responsabilidad y la planificación de un traspaso de tal envergadura, corrió por cuenta de Casanova, cuya actividad trasciende la segunda época para ocupar gran parte de la tercera, desde su puesto de Jefe de la Sección Arqueología del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras primero y como Director del Instituto de Arqueología después.

El desarrollo específico de la actividad de esta tercera época reconoce dos aspectos fundamentalmente distintos: el primero, es la resurrección del viejo proyecto de reconstruir el Pucará de Tilcara, que se hace realidad; el segundo, es la prosecución de la investigación arqueológica que continúa sin interrupción hasta nuestros días. En los dos está presente Casanova; en el primero, como autor, en el segundo, como inspirador de un reducidísimo grupo de estudiosos jóvenes, una nueva generación, que comienza a hacer el camino de la especialización, una vez terminados los estudios de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras.

El viejo sueño de restaurar el Pucará de Tilcara, acariciado por Ambrosetti y Debenedetti allá por 1910, se vió truncado por la muerte del segundo, joven aún, en 1930. Fué retomado en 1948 por Casanova que lo puso en marcha nuevamente, con tanto entusiasmo, con tanto empuje

que esta vez sí empezó a ser una realidad concreta, de tal modo que en enero de 1950 se iniciaron los trabajos reales bajo su dirección. El proyecto de 1910 fué superado, se hizo más ambicioso y con miras a grandes resultados futuros que nuestro autor resume en un folleto que ve la luz ese mismo año 1950. De esta actividad hemos sido testigos en 1948 y actores a partir de 1950; hemos conocido las dificultades con que tropezó Casanova, los inconvenientes que tuvo que vencer y el apoyo de todos aquellos que vieron en su proyecto la amplitud de miras que tuvo desde el principio. Paso a paso la obra fué adelante, lenta pero seguramente; los amplios sectores de viviendas restauradas están ahí como prueba de su tenacidad. No nos incumbe, pues, como actores de reparto, un juicio sobre la obra, que podría estar viciado de parcialidad, en razón de esa participación y en razón, también, de nuestra vinculación con el autor. De modo que nos limitamos a exponer los elementos de juicio: el folleto sobre la restauración del Pucará (Casanova, 1950) con los antecedentes del proyecto y el comienzo de su realización, que contiene también un breve si que sintético resumen patrimonial; las obras en pie en el mismo Pucará de Tilcara; y finalmente, un reducido informe sobre los resultados de cinco años que el autor ha publicado hace unos meses en el mismo lugar de las obras (Casanova, Tilcara, 1958). Hasta aquí, como dijimos, los elementos de juicio al alcance de todo el mundo, pero hay otros más: son los informes anuales que Casanova presentaba a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras, en los que puede seguirse paso a paso su tarea, hasta en sus más mínimos detalles. Esta documentación... si bien menos accesible para cualquiera... existe como prueba de la seriedad y metodología científica que lo animaba. Finalmente, el tercer elemento de juicio, más valioso quizá pero imponderable, fué el dinamismo, el entusiasmo y la tenacidad que puso al servicio de sus afanes, que sólo aquellos que lo frecuentaron desde el comienzo pueden comprender. Este cariz afectivo hace que, como elemento de juicio, no tenga mucho valor en la balanza. Pero sabemos que en realidad fué la fuerza efectiva de la realización.

La continuación de la investigación arqueológica propiamente dicha no se vió interrumpida por la casi total dedicación de Casanova a la restauración. Y decimos casi total, porque hizo tiempo para llevar a cabo un par de excursiones a la zona oriental de la Quebrada con resultados promisorios, desgraciadamente inéditos. Otros, sus colaboradores, serían de ahí los responsables de su prosecución.

En este punto, una vez más, tropezamos con nosotros mismos, razón

por la cual nuestra crítica cede la palabra a los colegas a quienes sometemos nuestra reducida pero honrada contribución, cuya más reciente manifestación la constituye el presente trabajo, que tiene la pretensión de ser una síntesis histórico crítica de la bibliografía sobre la Quebrada de Humahuaca vista por los arqueólogos.

Nos hemos ocupado de un yacimiento conocido desde la XIV expedición de la Facultad (Lafón, 1954); hemos tratado el tema del horizonte incaico en la Quebrada de Humahuaca (Lafón, 1956); hemos intentado compaginar la cronología de esta cultura con las grandes cronologías del Noroeste (Lafón, 1958); hemos realizado nuevas excavaciones en el clásico sitio de El Alfarcito (Lafón, 1956-57) y hemos enfrentado la tipología del instrumental de hueso (Lafón, 1958) con resultados que otros, a su vez, someterán a juicio. Por eso nos limitamos a presentar lo básico del contenido de cada trabajo.

Marengo (1954) cierra la lista de las monografías dedicadas especialmente a estudiar el patrimonio humahuaca, a través de un yacimiento, Los Amarillos, que fuera visitado por Debenedetti en 1918 y 1920. La autora declara que es esa "su primera incursión en el campo de la Arqueología" (p. 5) pues se trata de un trabajo de licenciatura, pero en verdad, lo hace muy bien, como puede apreciarse en su lectura. Es sí, el trabajo inicial de uno de los integrantes de aquel reducidísimo grupo que mencionamos algo más arriba, promesa y esperanzas que empezaron a concretarse, y que, como tal debe ser valorado.

Es un verdadero trabajo de gabinete (p. 5), que pasa revista a las series procedentes de Los Amarillos que se custodian en el Museo Etnográfico, tratando de colocarlas en el lugar que les corresponde en la serie de yacimientos conocidos y, a la vez, intentando establecer correlaciones con otros de la misma área y de las áreas vecinas. La alfarería se lleva, como es lógico, gran parte de los esfuerzos de la autora, lo que no impide que cuando enfrenta la metalurgia (p. 23 y ss.) lo haga con particular fortuna, sobre todo en el caso de las placas. Con la misma minuciosidad trata el resto de los hallazgos hechos en Los Amarillos para llegar a las conclusiones (p. 41) que demuestran un buen aprovechamiento de los materiales y confirman que nos hallamos frente a un futuro investigador de clase. Por desgracia, la autora, ha abandonado el campo de la Arqueología; pero de su pasaje queda una huella intensa; introdujo en la bibliografía arqueológica del tema, con resultado al menos compensatorio, la seriación de yacimientos y la tabulación de materiales.

Así hemos llegado hasta nuestros días después de recorrer autores y obras que a lo largo de los años han ido completando el panorama cultural de la Quebrada de Humahuaca hasta el grado en que se halla. Se impone una recapitulación, es verdad, pero antes, haremos otra revista bibliográfica referente no ya a los trabajos especiales sobre algún aspecto o yacimiento del área en cuestión, sino de aquellos de carácter general, o más ampilo por lo menos, que han incluido a la Quebrada de Humahuaca en sus páginas, porque también éstos tienen su valor. Es frecuente que la dedicación exclusiva a un sector cualquiera del conocimiento deforme la naturaleza del mismo, mientras que cuando se lo contempla en función de otra categoría de pensamientos, recobra su verdadera dimensión, que no siempre es fácil de apreciar. Por eso entendemos que es indispensable tener en cuenta también ese tipo de síntesis, del que podrá extraerse más de alguna excelente sugerencia, y hacia esa dirección nos encaminamos.

Eric Boman (1908) en su extensa y clásica obra de principios de siglo, no hace hincapié en las ruinas de la Quebrada de Humahuaca, aunque menciona algunos yacimientos y si le damos entrada en nuestro rol es porque Casanova, el tratadista clásico de Humahuaca, considera que las pictografías de Chulín, allí descriptas con lujo de detalles, integran el patrimonio humahuaca. El estado actual del estudio no permite afirmaciones rotundas, pero declaramos que, personalmente, la pruebas de la asociación Chulín-humahuaca nos parecen todavía un poco débiles.

La publicación, por una conocida editorial, de una Historia de América, bajo la dirección de Ricardo Levene, fué la oportunidad de que en una obra de índole tal se sentetizaran temas referentes a los aborígenes americanos. Varios especialistas pusieron manos a la obra, quedando establecido que Márquez Miranda (1942) se ocupara de los aborígenes de América del Sud, que incluyen, por supuesto, a los habitantes prehispánicos de Humahuaca. Breve y significativa es la presentación que hace del patrimonio humahuaca, siguiendo los conocimientos que ya se tenían por obra de autores que ya hemos reseñado, a los que suma los propios, sobre todo de la región de Iruya. Adecuadas ilustraciones complementan el resumen, que nos hace ver a la Quebrada de Humahuaca como una simple pieza del complicado mosaico de las culturas andinas, y no de las más decisivas.

Años más tarde, la aparición del tomo segundo de Handbook of

South American Indians de la Smithsonian Institution brinda un panorama de las culturas andinas de mucho mayor envergadura, en el cual la redacción de los capítulos correspondientes a la Argentina fueron confiados a especialistas del país. Así fué Casanova (1946) quien, en unas pocas páginas, puso de relieve lo más característico en términos de patrimonio, para la Quebrada de Humahuaca y la Puna Argentina. No hay ninguna innovación en cuanto a lo que se conocía hasta entonces y, poco más o menos, esta presentación reproduce la que ya conocemos desde la publicación de la Historia de la Nación Argentina.

Un notable empuje para el estudio de conjunto de los aborígenes argentinos fué el de Serrano (1947) hace una década. Es, según su propio autor declara (p. 8), un cuadro histórico de la etnografía argentina en el momento de la conquista, que no olvida que antes hubo desplazamientos de pueblos y modificaciones culturales de significación. A tono con esta orientación etnohistórica, adjudica el patrimonio conocido por la arqueología a "omaguacas" en especial y algo a los "ocloyas", transculturados por aquéllos. Es conocida la pericia de Serrano en el manejo de las fuentes históricas y no dudamos para nada de su interpretación; sólo nos preguntamos si todos los restos que la arqueología humahuaca han dado a luz pueden ser susceptibles de ser interpretados a través de las fuentes históricas. Y esta pregunta —referida tan sólo a Humahuaca— se hace más grave si lo extendemos al resto del país. Planteamos este interrogante aunque hasta ahora no tengamos, en relación con la cultura que se desarrolló en aquel lugar, ninguna certeza de gran profundidad temporal como para que lo que vieron los primeros españoles haya podido ser fundamentalmente distinto. Por lo demás, sigue también los datos conocidos y considera que la "cultura tipo" al momento de la Conquista fue la del Pucará de Tilcara, reconociendo una fuerte individualidad al yacimiento de La Isla.

El esquema de áreas y capas culturales de Palavecino (1948) acerca de cuyo valor no es necesario insistir cuando se quiere tener una clara concepción de los problemas arqueológicos y etnográficos de nuestro país, no es precisamente muy explícito sobre el patrimonio humahuaca, sobre todo en el segundo aspecto. Sobre la base de los datos históricos agrupa a las culturas aborígenes del noroeste en cuatro sectores, uno de los cuales, el grupo del norte, incluye a la Puna y a la Quebrada de Humahuaca, pero no los trata en particular. Y cuando se ocupa de áreas y capas según la arqueología, coloca un brevísimo inventario cultural humahuaca dentro de los pueblos "específicamente andi-

nos”, lo que ya es mucho decir. No hay duda que “la parte del león” en la presentación de Palavecino se la llevaron los diaguitas, Santiago del Estero y los agricultores inferiores del oriente. Sin embargo, el papel de los primitivos habitantes de la Quebrada de Humahuaca se adivina aunque no haya sido atacado con igual intensidad que los otros.

Cupo a un grupo de estudiosos extranjeros, el intento de sistematizar toda la arqueología del noroeste argentino bajo la dirección de Bennett (1948) con un resultado que cualquiera que haya seguido el desarrollo de los estudios arqueológicos en el país puede apreciar. Como es lógico ataca a fondo el examen de la bibliografía —casi única fuente— de donde se desprende una visión de conjunto interesante de la arqueología humahuaca que bien se hace acreedora de especial atención por sus matices estilísticos y cronológicos.

En primer lugar sistematiza la alfarería en unidades estilísticas que facilitan su manejo para posteriores comparaciones (p. 21 y ss.); en seguida pasa cuidadosa revista a los yacimientos publicados con notable insistencia en los casos del Pucará de Tilcara y La Isla (p. 31 y ss.) para deducir luego la distribución de cada uno de los estilos (p. 38 y ss.). Por último ordena los resultados en culturas y períodos (p. 40 y ss.). Resulta pues, según su particular terminología, demostrada la existencia de una Colonial Culture y de una Inca Culture, además de la típica Humahuaca Culture, cuyo estilo clásico es el que denomina Hornillos, Black on Red. También entrevé la posibilidad de una Middle Culture, representada por los estilos Alfarcito y La Isla. En términos de cronología, no reconoce trazas de Early Periods, quizá haya un Middle Period, mientras que la cultura humahuaca típica se desarrolla del Late Period en adelante, abarcando la época incaica y alcanzando la época hispánica.

El aporte de Bennett logra dimensiones no despreciables. Podremos cuestionar algunos detalles como la artificialidad de la división en períodos o discutir la legitimidad de la clasificación de las culturas en Early, Middle y Late, pero el planteo permanecerá en pie como un paso adelante. Por de pronto, la definición de estilos de la Quebrada, aunque sobre base de bibliografía, ha permitido de ahí en adelante que nosotros, los del país, podamos entendernos cuando hablamos de la cerámica humahuaca. La cronología relativa de los citados estilos (fig. 7) está de acuerdo con el consenso general, aunque no demostrada con caracteres de evidencia. Toda la obra es una muestra clara de lo que puede hacerse cuando un grupo de especialistas se decide a trabajar en equipo con la dirección de un investigador que dé unidad al conjunto.

Canals Frau, recientemente desaparecido, fue el autor moderno que más decididamente enfrentó la ardua tarea de las grandes síntesis, con fortuna dispar.

La obra que destinó al estudio de las poblaciones indígenas de la Argentina (Canals Frau, 1953), es la que nos ilustra acerca de la idea que tenía de la cultura humahuaca (p. 504 y ss.). El capítulo correspondiente, titulado "Los omaguacas de la Quebrada" traiciona ya un apego notable a las fuentes históricas, visible también cuando trata otros asuntos, y que dá sello a la totalidad del libro, que no deja de ser, por ello, una buena fuente informativa.

Se declara partidario de la "unidad étnica" de los omaguacas (p. 504), en igual jerarquía que los "cacanos" y "capayanes", todos integrantes del área de co-tradición del noroeste argentino y todos con la misma profundidad temporal en lo que se refiere a la evolución de su cultura (p. 505). También habrían existido algunos grupos reducidos de indios chinchas que en el momento de la conquista habían sido traídos como mitimaes por los incas, ubicados hacia el límite con Bolivia. Dando por sentada la unidad étnica, es fácil pensar en la unidad cultural y eso hizo decir a nuestro autor que el único tipo de cultura que se desarrolló en la región humahuaca fué andino, sincrónico con el del resto del noroeste, en apoyo de lo cual coloca al estilo llamado Angosto Chico Inciso ("posible elemento diagnóstico de la más antigua cultura andina"), en un pie de igualdad con el Huiliche Monocromo de más al Sud. También reconoce, hacia el final (p. 517) recias influencias incaicas. En cuanto al patrimonio en sí, sigue todos los datos que ya conocemos, de modo que no nos detendremos para nada en su consideración.

La posición de Canals frente a Humahuaca nos obliga a rastrear su origen y también a intentar identificar la base de su particular concepción de la evolución histórica de la cultura humahuaca. Eso puede lograrse con la lectura de sus obras más generales (Canals Frau, 1950; 1955) y analizando su obra etnohistórica previa. De ello resulta que hay una personal manera de interpretar la evolución histórica de la cultura en toda América, a través de tres estudios bien definidos, de presencia constante e ineluctable, que van de menor a mayor. Así ocurre en la cultura andina, y como humahuaca integra la cultura andina, ahí debe existir los tres estadios que trata de identificar poniendo en juego todos los resortes de su erudición, con argumentos aparentemente convincentes. Sin embargo, disentimos en ciertos aspectos con esta visión, seductora pero simplista, de los tres estadios.

En efecto, aunque el patrimonio cultural humahuaca sea básicamente andino, no faltan elementos que prueban fuertes influencias amazónicas no bien determinadas todavía, pero que es seguro invalidan su afirmación de que no conoció la zona otra cultura que no fuera andina. Además, con relación al primer estadio, el estilo Angosto Chico inciso, es común a todos los yacimientos, tardío con toda seguridad y además, aunque inciso y casi negro a veces, no creemos pueda ser englobado en la misma categoría que otros de más al sud. Está concebido como algo distinto, hasta como técnica. En cuanto al tercer estadio, el del momento incaico, ya hemos expresado en otra ocasión nuestro planteo. No siempre la interpretación de la fuente histórica, que en este caso no es tal, sino un documento de carácter administrativo y por lo tanto ajeno a la cuestión, puede tomarse como definitiva, máxime si los restos materiales no coinciden. La encomienda de Martín Monje habla de "mitimaes" y "hacia omaguaca" (Canals Frau, 1953, p. 507). ¿Puede tomarse eso como del sometimiento total de los primitivos humahuacas al Incanato, que indicaría un grupo de mitimaes? El estado actual del conocimiento arqueológico no contribuye, precisamente, a certificar esa afirmación.

Nos hemos detenido en la concepción de Canals Frau con tanta atención porque la merece, dado que representa el único intento conocido de tal magnitud, pues mira a la Quebrada de Humahuaca sin perder de vista todo el núcleo de altas culturas del país y en función de las altas culturas sudamericanas. Nuestra disensión, que no es destructiva ni tiene esa finalidad, representa uno de los frutos de su especulación y no de los más notables. Sirve, en cambio, para demostrar la necesidad de obras como la de Canals Frau que abran el camino, mérito enorme en el campo de nuestra ciencia.

Como último aporte de carácter general que incluye a la Quebrada de Humahuaca, corresponde que nos ocupemos del Programa de Historia de América confeccionado bajo la dirección de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que encargó a Márquez Miranda (1954) la redacción de los temas que atañen a la región meridional del continente, incluidas Argentina, Uruguay y Chile. El tema tercero, los omaguaca (p. 41-48), permite al autor demostrar su conocimiento del problema, que puede cabalmente ser apreciado en el Comentario subsiguiente, en el que con seguridad de conocedor plantea claramente lo que aún falta por hacer, previo reconocimiento de lo ya hecho. La noticia de un yacimiento inédito en Tres Cruces, investigado por él mismo, da la pauta de que todavía exis-

ten muchas lagunas por descubrirse. Interesa la presentación de Márquez Miranda porque contiene un perfecto plan de investigación global de la cultura de los primitivos habitantes de la zona.

La más reciente obra, que consideramos como general, al solo efecto de nuestros fines, ha visto la luz hace unos pocos días en plena Quebrada. Ha sido editada por la Asociación Amigos de Tilcara y lleva como pie de imprenta, Tilcara, 1958. El título es, también, Tilcara, lo que ya de por sí solo está marcando el acentuado localismo de sus editores que han querido condensar en los estrechos márgenes de las ochenta páginas del folleto la historia, la geografía, el arte y la arqueología de la Quebrada de Humahuaca, sin olvidarse, por supuesto, del folklore. Una serie de pequeñas contribuciones, síntesis prietas de ideas más amplias, cumplen airoosamente su finalidad. La mayor extensión, diecisiete páginas, sirve a Casanova para resumir los trabajos de cinco años de Restauración, como dijimos más arriba. Otros autores tocan aspectos parciales del patrimonio sin mayores novedades dignas de mención.

CONCLUSIONES.

Después de pasar revista a las obras que han ido jalonando, año tras año, medio siglo de investigación en la Quebrada de Humahuaca; después de conocer la acción de los investigadores y de las instituciones, y después de haber intentado valorar estas contribuciones en particular y en conjunto, creemos llegado el momento de puntualizar los resultados obtenidos.

Es evidente que la Quebrada de Humahuaca ha sido una de las áreas arqueológicas más recorrida por los hombres de ciencia y que ha merecido con mayor dedicación la atención de los especialistas, ya fueran arqueólogos, geógrafos, etnólogos o folkloristas. Así lo demuestran las actividades llevadas a cabo durante el transcurso de las tres épocas en que hemos dividido nuestra presentación.

El estudio de la Quebrada de Humahuaca nació, como dijimos antes, bajo el signo de la Arqueología. Aunque otras ciencias como la Antropología física, la Geografía Humana, el Folklore, etc., lo hayan hecho objeto de su interés, no han sido más que esfuerzos circunstanciales, subsidiarios de aquélla, en la mayoría de los casos.

El desarrollo de los estudios arqueológicos en la Quebrada de Humahuaca, desde 1908 hasta nuestros días, es un fiel reflejo del des-

arrollo de los estudios arqueológicos en el país. Están representados allí casi todos los estadios recorridos hasta el presente, como por ejemplo el momento de los precursores y las intuiciones geniales, coincidiendo con la iniciación sistemática de los trabajos científicos (Ambrosetti); el momento de los primeros estudios monográficos integrales sobre yacimientos de importancia llevados a cabo por investigadores de escuela (Debenedetti); la presentación de numerosos materiales y descripción de nuevos yacimientos (Márquez Miranda, Gatto, Greslebin, Casanova, etc.); la acción discutida de coleccionistas particulares (Schuel); la contribución de las demás ciencias del hombre (Dillenius, Imbelloni, Vignati); la primera síntesis patrimonial (Casanova); las monografías exhaustivas (Salas); la intervención reciente de especialistas extranjeros (Bennett y otros), hasta llegar a nuestros días con un planteo de tareas futuras (Márquez Miranda).

La intensidad de los estudios arqueológicos ha permitido que tengamos un conocimiento bastante cabal de cuál era la cultura de los primitivos omaguacas, sobre todo en lo que se refiere a la vida material, no así en los aspectos de la vida espiritual, que desconocemos casi por completo. Esta situación es consecuencia directa primero, de que la reconstrucción del patrimonio humahuaca descansa casi por completo en los estudios arqueológicos, y, segundo, que las fuentes históricas, que suelen ser las que completan aquellos conocimientos, son muy pocas y no muy abundantes.

La literatura arqueológica sobre la citada zona geográfica, con ser tan numerosa, no refleja totalmente la tarea realizada. Existen riquísimas series, procedentes de yacimientos todavía inéditos, que son prácticamente desconocidos y constituyen verdaderas lagunas de información que resienten notablemente la posibilidad de intentar una obra de síntesis total, porque no se tiene de ellas la menor noticia. Basta recorrer los registros de inventario de cualquiera de los museos del país para tener la prueba de nuestras aseveraciones.

Sobre la base de la información conocida no hay dudas acerca de la homogeneidad cultural básica para todos los grandes yacimientos, tanto los situados en la Quebrada de Humahuaca propiamente dicha como los ubicados en vallecitos y quebradas subsidiarias. Pero como se trata de una zona de tránsito obligado en la dirección de los meridianos y de no difícil acceso en sentido de los paralelos, resulta un poco arduo fijar los límites precisos de su área de influencia, que no está claramente delimitada.

Por el norte, aunque los yacimientos de La Cueva parecen ser los últimos de la serie, la influencia se ha extendido más arriba, a pleno suelo boliviano (Ponce Sanginés, 1956). Por el sud, si bien los yacimientos más típicos se cuentan a partir de Volcán, existen otros a las puertas de la misma ciudad capital; parecería, sin embargo, que por el sud. más que irradiar, recibió influjos la cultura quebradeña.

Por el oeste, la precisión de límites está lejos de ser satisfactoria; esta situación se debe más al poco conocimiento del patrimonio de los habitantes del altiplano que a otra cosa, porque los rasgos de origen humahuaca se reconocen, a veces, hasta en el norte de Chile. También contribuye a complicar el panorama la no agotada etnohistoria de la región y la disparidad de criterio en cuanto a la importancia de la acción de otros pueblos como chinchas y atacameños.

Finalmente, por el este, la delimitación no es menos complicada aunque tengamos algunos elementos de juicio bastante demostrativos, procedentes de la zona oriental que se extiende paralelamente a la Quebrada de Humahuaca. Estamos en condiciones de afirmar que los yacimientos conocidos en esa zona oriental pedemontana, en su sector meridional, como Chucupal, Chamental, Providencia, Piquete, Agua Blanca, Totorilla, Alto de Giles y Palo a Pique, sobre el río San Francisco, y el conocido Arroyo del Medio, son ya un mundo distinto por completo del Quebradeño y no parece que haya existido relación entre ambos. En la zona intermedia, que cae hacia Valle Grande, las circunstancias varían. El patrimonio humahuaca típico aparece representado totalmente hasta en lugares como El Durazno, en plena vertiente oriental, según se desprende de los materiales inéditos conservados en el Museo del Pucará. Además, algunos elementos esporádicos, como el entierro secundario de adultos en urnas en La Isla, Tilcara y Alfarcito, sugiere tránsitos en sentido inverso. Por último, en el sector más septentrional de la zona oriental, aparece localizado el llamado Complejo de Iruya—Santa Victoria (Márquez Miranda, 1954) o Iruya Complex, como lo denominó Bennett. El trabajo sobre Titiconte (Casanova-Debenedetti, 1933-35) sólo fué la iniciación del conocimiento en la zona, completado después por Márquez Miranda con lujo de detalles. Pensamos que no se puede incluir como parte de la cultura humahuaca a este amplio sector, cuya importancia es enorme. Por esa razón es que no nos hemos referido a los trabajos al respecto, cuya nómina puede consultarse en la obra citada de Márquez Miranda (1954, pp. 53-54). Con todo, una relación entre ambas culturas existe, sin que podamos pronunciarnos sobre

su intensidad. El hallazgo de Salas (1948) en Estancia Grande, ha complicado más las cosas.

Gracias a los numerosos trabajos que hemos revistado tenemos, pues, una idea bastante completa del patrimonio humahuaca y de su distribución en términos de arqueología horizontal, pero poco es, en cambio, lo que podemos entresacar de tanta publicación, que se refiera a la profundidad temporal que debe asignarse a la cultura humahuaca. Hay pruebas de que en algunos yacimientos hubo población hasta bien avanzada la conquista, como en La Huerta o el Pucará de Tilcara, mientras que en otros se distingue con claridad la presencia del horizonte incaico que nos lleva un poco más atrás, aunque no mucho. Finalmente, existen también yacimientos en los cuales no se han identificado ni rastros de contacto con los españoles ni trazas de origen incaico, lo que hace suponer, con ciertos visos de seguridad, que algunos yacimientos son preincaicos.

Conocemos exactamente el término "ad quem", pero por el momento ignoramos el término "a quo", que, sin embargo, algunos elementos de juicio permiten considerar como no muy alejado en el tiempo. En efecto, el análisis estilístico de la cerámica local no sugiere ninguna comparación ni semejanza con estilo preincaico alguno, salvo algún epigono muy posterior de Tiahuanaco. Además, ese mismo análisis estilístico pone en evidencia contactos con pueblos vecinos, como los chiriguano, cuya presencia en esos lugares es relativamente reciente.

Las reflexiones precedentes nos llevan a otro aspecto que no ha sido tampoco completamente dilucidado, como es el de las vinculaciones de la cultura humahuaca con las demás culturas del noroeste y con las del Antiguo Perú. Pocos son los datos conocidos y se refieren en su mayor parte a tiempos recientes, como por ejemplo los informes que pueden extraerse de la documentación histórica de la alianza de omaguacas con calchaquíes o los contactos con pueblos del sector oriental. En cuanto a la documentación arqueológica, comprueba ambos acontecimientos: se han hallado piezas de origen diaguita, específicamente santamarianas, y nuestro análisis estilístico mencionado más arriba demuestra algún parentesco estilístico con chiriguano. Por el límite occidental, han habido también fuertes contactos con la Puna Argentina que son visibles con claridad en numerosos yacimientos de esa zona. En cuanto a las vinculaciones con el antiguo Perú, van más allá de un origen común, el substratum pan andino inicial. De ahí en adelante evolucionó la cultura en la Quebrada de Humahuaca aisladamente, por

su posición tan marginal. Así, llegaron los ecos de algún epígono tiahuanacuense y algunos elementos constitutivos del horizonte incaico, como ya hemos dicho.

Tal es, a grandes rasgos, el estado del conocimiento en Humahuaca después de cincuenta años de labor. El balance es alentador. Mucho se ha adelantado desde los primeros esfuerzos de Ambrosetti, y si mucho falta por hacer, no es desconociendo la obra cumplida que completaremos el cuadro. Es lógico que los avances de la Arqueología y el perfeccionamiento del conocimiento permitan descubrir nuevos aspectos, abran nuevas posibilidades o presten otro valor a elementos de juicio ya conocidos, pero todo este posible avance será en función de lo ya hecho, aunque sea, en última instancia, para discutirlo y hasta para negarlo. Que nuestra ciencia, como tal, es una lucha sin cuartel, pero sujeta a todas las reglas del honor militar, que rinde honores al enemigo y no se ensaña jamás con el vencido.

AMBROSETTI, JUAN B.

- 1899 *Notas de arqueología calchaquí* (1ª serie). Bs. As., p. 241.
- 1901-2 *Antigüedades calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy* (en Anales de la Soc. C. Argentina, vol. LI, LII, LIII. Bs. As., p. 256 a 277, 81 a 96, 64 a 87).
- 1912 *Resultados de las exploraciones arqueológicas en el Pucará de Tilcara* (en Congreso Internacional de Americanistas, XVIIª Reunión. Bs. As., 1910, p. 497-98).
- 1917 *Los vasos del Pucará de Tilcara de tipo pelike comparados con los de Machu Pichu* (en Proceedings of 2nd. Pan American Scientific Congress, Sección Antropología, I. Washington, p. 38-39).

ARDISSONE, ROMUALDO

- 1928 *Coctaca* (en GAEA, vol. II, 1. Buenos Aires, p. 161-66).
- 1937 *Silos de la Ouebrada de Humahuaca* (en Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología, vol. I. Bs. As., p. 117-39).
- 1942 *Una instalación indígena en la Ouebrada de Purmamarca*. Relaciones, tomo III, p. 29-43.

ASOCIACIÓN AMIGOS DE TILCARA

- 1957 *Tilcara*.

BENNET, WENDELL, C. Y OTROS

- 1948 *Northwest Argentine Archeology* (en Yale University Archeology, N° 38-39. New Haven, p. 149).

BOMAN, ERIC

- 1908 *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert du Atacama* (París, 1908).

CANALS, FRAU SALVADOR

- 1950 *Prehistoria de América*. Buenos Aires, 583 p.
1953 *Las poblaciones indígenas de la Argentina*. 575 p.
1955 *Las civilizaciones prehispánicas de América del Sur*. Buenos Aires.

CASANOVA, EDUARDO

- 1930 *El cementerio indígena de Huiliche* (en Archivos del Museo Etnográfico, N° III, Bs. As.). 147 p.
1933 *Tres ruinas indígenas en la quebrada de la Cueva*.

CASANOVA, EDUARDO Y DEBENEDETTI, SALVADOR

- 1933-35 *Tiñiconte*, P. M. E. T. Serie A, Tomo 3. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, p. 1 a 35.

CASANOVA, EDUARDO

- 1934 *Los Pucarás de la quebrada de la Cueva*, Revista Geológica Americana. Año I, N° 5. Buenos Aires, p. 315 a 320.
1934 *Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca*, en Congreso Internacional de Americanistas, XXVª Reunión. a Plata, 1932. Buenos Aires.
1934 *Notas sobre el Pucará de Huichairas*. En Congreso Internacional de Americanistas, XXVª Reunión. La Plata, 1932. Buenos Aires, p. 39 a 44.
1936 *La quebrada de Humahuaca*. En Junta de Historia y Numismática, Historia de la Nación Argentina, Vol. I. Buenos Aires, p. 207 a 249, 18 ilus.
1937 *Contribución al estudio de la arqueología de La Isla*. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Vol. I. Buenos Aires, p. 65 a 70.
1937 *Una representación del ckepis en la alfarería prehistórica de La Isla*. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Vol. I. Buenos Aires, p. 21 y 22.
1946 *La alfarería prehistórica de La Isla*. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Vol. I. Buenos Aires, p. 73 a 87. 1946.
1942 *El pucará de Hornillos*. En Anales del Instituto de Etnografía Americana, Vol. 3. Mendoza, 20 páginas.
El yacimiento arqueológico de Angosto Chico. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Vol. I. Buenos Aires, p. 73 a 87. 1946.
1950 *La restauración del pucará*. Buenos Aires, 55 páginas.

DEBENEDETTI, SALVADOR

- 1909 *Investigaciones arqueológicas en Jujuy*. Jujuy. 54 páginas.
- 1910 *Exploraciones arqueológicas en los cementerios prehistóricos de La Isla de Tilcara (quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy)*. Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 6. Buenos Aires. 263 páginas.
- 1918 *Las ruinas prehispanicas de El Alfarcito, departamento de Tilcara, provincia de Jujuy*. Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 18. Buenos Aires. 34 páginas.
- 1918 *La XIV Expedición arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras. Nota preliminar sobre los yacimientos de Perchel, Campo Morado y La Huerta, en la provincia de Jujuy*. Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 17. Buenos Aires. p. 196 a 207.
- 1930 *Las ruinas del Pucará, Tilcara, quebrada de Humahuaca*. Archivo del Museo Etnográfico. II. Buenos Aires, 142 páginas.

DILLENIUS, JULIANE

- 1913 *Craneometría comparada de los antiguos habitantes y Pucará*. Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 12. Buenos Aires.

GATTO, SANTIAGO

- 1934 *Un granero o silo en la quebrada de Coctaca*. Congreso Internacional de Americanistas. XXV Reunión. La Plata, 1932. Buenos Aires. Actas y trabajos científicos. Tomo II, p. 51 a 56.
- 1943 *Ruinas del pucará de Humahuaca*. Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro. Vol. I, Córdoba. p. 130 a 142.
- 1946 *Exploraciones arqueológicas en el pucará de Volcán*. Revista del Museo de La Plata. Nueva Serie. Sección Antropológica, IV, 18. La Plata, 84 páginas.

GRESLEBIN, HÉCTOR

- 1929 *Tipo de cámara sepulcral en la quebrada de Coctaca*. En *PHYSIS*, IX, 34. Buenos Aires. p. 327 a 334.

IMBELLONI, JOSÉ

- 1925 *Sur une appareil de déformation du crane des anciens Humahuacas*. En Congreso Internacional de Americanistas. XXI Reunión. Goteborg, 1924. Págs. 606 a 618.

LAFON, CIRO RENÉ

- 1954 *Arqueología de la Quebrada de la Huerta (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy)*. En Publicaciones del Instituto de Arqueología, N° 1. Buenos Aires.
- 1956 *De la cronología y origen de las culturas del noroeste argentino*. En prensa en la Revista del Museo de La Plata.
- 1956-57 *Nuevos descubrimientos en El Alfaricito (Departamento de Tilcara, Provincia de Jujuy)*. En RUNA, vol. VIII, Primera Parte, p. 43-59. Buenos Aires.
- 1957 *El horizonte incaico en Humahuaca*. En Anales de Arqueología y Etnología, tomo XII, año 1956, p. 67-74. Mendoza.
- 1958 *Rastros culturales incaicos en el Pucará de Tilcara*. En "Tilcara", folleto editado por la Sociedad Amigos de Tilcara, p. 46-48. Tilcara.
- 1958 *Sobre algunos artefactos de hueso de la Quebrada de Humahuaca*. En RUNA, vol. VIII, 2ª parte (en prensa).

MARENGO, CARMEN

- 1954 *El antigal de Los Amarillos*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, N° 2.

PALAVECINO, ENRIQUE

- 1948 *Areas y Capas culturales en el territorio argentino*. En GAEA, Vol. VIII. Buenos Aires, 79 páginas.

SALAS, ALBERTO MARIO

- 1942 *Excavaciones arqueológicas en Ciénega Grande*. Anales del Instituto de Etnografía Americana, Vol. III. Mendoza. 287 páginas.
- 1945 *El Antigal de Ciénega Grande*. Publicaciones del Museo Etnográfico. Serie A, N° 5. Buenos Aires. 266 páginas. 1945.
- 1948 *Un nuevo yacimiento arqueológico en la Quebrada de Humahuaca*. Congreso Internacional de Americanistas. XXVIII Reunión. París 1947. Págs. 643 a 647.

SERRANO, ANTONIO

- 1947 *Los aborígenes argentinos. Síntesis Etnográfica*. Buenos Aires. Edit. Nova. 288 páginas.

SCOLNID DE KLIMAN, E.

- 1938 *Sobre las características del fémur en los varios grupos de indígenas argentinos*. PHYSIS. Vol. XII. Págs. 197 a 227.

SCHUBEL, KARL VON

- 1923-24 *Angaben über die Ortschaften von Muzmatana ostlich von Jujuy (Argentinien). Eintragberichte der Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien, L. IV, Wien pp 15-16.*
- 1930 *Estudio de las poblaciones indígenas de la provincia de Jujuy. En Quinta Reunión de la Sociedad Argentina de Fomento Regional del Norte Argentino, celebrada en Jujuy del 7 al 10 de octubre de 1929, Vol. II Buenos Aires.*

VIGNATI, MELCHIOR A.

- 1930 *Los cráneos rojos de las sepulturas indígenas de la Quebrada de Muzmatana. En Archivos del Museo Etnográfico, I. Buenos Aires. 161 páginas.*